

PRÓLOGO

El lector tiene en sus manos un libro insólito. No es frecuente encontrarse con un poemario escrito fuera del universo de convenciones que rodea nuestra cultura literaria y poética. No hay ni rastro de escuelas o tendencias poéticas de este nuestro inmediato tiempo. Tampoco se trata de un libro que venga desde su soledad a romper moldes poéticos y a abrir nuevos cauces. En todo caso, laten en él voces magistrales como la de Antonio Machado. Es un libro de poesía necesaria en el sentido de que responde a la intensa búsqueda de una identidad en una suerte de permanente viaje que el sujeto poético emprende hacia sí mismo, lo que explica la abundante presencia de poemas que emplean recurrentemente los motivos temáticos del viaje, del camino, del andén de la vida, del paradójico viajero inmóvil, etc. Pero no sólo es resultado de esa búsqueda que emprende el sujeto poético escindido, sino que al mismo tiempo es el efecto de una recuperación, la recuperación de la lengua materna que como fuerza volcánica fluye por la lava de la poesía en esta misma lengua nuestra.

Sinfonía del aire es, pues, un libro de poesía necesaria y verdadera que tiene su sitio antes entre nosotros, lectores españoles de poesía, que en otro horizonte cultural por próximo que sea. Por eso, me parece una feliz idea que la colección Genil de Literatura apueste por dar a conocer a este poeta inédito al amplio espectro de sus lectores. Merece la pena recorrer los más de setenta poemas que se distribuyen entre las dos partes del libro, "Senderos de tiempo" y "Viajes lejanos". Merece la pena la aventura de este viaje a un universo poético para nosotros tan aparentemente conocido como profundamente distinto. Pero, para emprender este viaje, tal vez resulten oportunas algunas informaciones sobre nuestro poeta, sin que ello suponga hacer prevalecer ningún dato biográfico sobre el discurso propiamente poético ni suponga explicar deterministamente lo uno por lo otro, pues aunque las experiencias vitales resultan, más que imprescindibles, insoslayables para cualquier escritor, lo cierto es que no tienen otra entidad que la de básico material prepoético. Esta es la razón que nos lleva desde hace tiempo a no confundir el yo biográfico con el yo poético. El estatuto del sujeto poético es el propio de un personaje, si bien todo personaje, como razona Aullón de Haro, consiste en un sujeto presentado en cuanto persona, ficticia o real, y que es tomado por objeto por algún sujeto.

Pues bien, Francisco Piedra (Puigcerdá, Gerona, 1958), su autor, es profesor de español en un instituto cercano a Perpiñán (Francia), donde reside desde su

más lejana infancia, llegados sus padres allí en su lucha por la vida. En Perpiñán realizó todos sus estudios hasta culminar los de Filología Hispánica. Precisamente, esta circunstancia le hizo recuperar las raíces de su lengua materna y lo llevó a escribir en español, lo que explica la dedicatoria del poemario. Además del libro que presentamos, tiene escritos e inéditos dos más: la novela *A la sombra de la luna* y el poemario *El cuaderno rojo*. Desde ese segundo nacimiento, un nacimiento esencial diríamos por tratarse de un nacimiento al arte de la palabra, al arte de la palabra en nuestra lengua, no ha hecho otra cosa que buscar el modo de publicar sus obras en España, pensando en el lector español, primer destinatario de su trabajo creador, el par que él ansiosamente busca, lo que hasta este momento ha resultado infructuoso. En todo caso, según me contaba el poeta cuando lo conocí junto a Antonio Carvajal en Canet Village, muy cerca de Perpiñán, siente a España interiormente de una manera profunda. Estos simples datos tal vez le ayuden al lector a explicarse la construcción de ese sujeto poético en permanente búsqueda, así como el importante número de poemas, sobre todo de la segunda parte, en los que el poeta se sirve de numerosos elementos referenciales, paisajísticos, urbanos y culturales, de España para construir unos versos de encuentro y distancia, unos versos de tan hermoso como turbador extrañamiento que acaban hablando antes de una geografía del alma que de un territorio concreto. Así, todos los elementos de realidad que se nombran acaban

hablando esencialmente de un sujeto poético en ellos proyectado o confundido en ellos. La naturaleza y el rostro de su paisaje y su discurrir temporal, a pesar de los trazos realistas de los poemas, no afloran poéticamente sino como materiales de radical estructura simbólica. Por eso, se comprende que aparezcan en ellos topónimos y otros nombres de ciudades y de muy importantes escritores incluso, aparte de que se nombre machadianamente a España, a Iberia, a Castilla y, con gran intensidad poética, su paisaje.

Salvo cuando existe un propósito filológico y abiertamente cognoscitivo por tratarse de un autor y libro de otro tiempo o bien de gran dificultad lectora, los prólogos y demás palabras liminares que abren la puerta de un libro no deben convertirse en unas palabras últimas y definitivas sobre el mismo. Ante todo deben cumplir una función mediadora entre los protagonistas absolutos del encuentro que pueda establecerse entre el autor y su obra y el lector. Todo lo más que debe hacerse es, en nuestro caso, franquear la puerta de los poemas e invitar al lector a recorrerlos por sí mismo, sin restarle ni añadirle nada a lo que en un principio debe ser el acto fundante de su lectura. Además, poco puede aportar hablar en extenso del carácter contenido de los versos, de la sencillez de la factura formal de los poemas, de su renovador y eficaz uso de imágenes y símbolos que nutren nuestra tópica cultural literaria y de la gran capacidad de contener apresados con gran precisión expresiva instantes pre-

viamente condenados a arder en la hoguera de un vivir efímero. Por eso, tras haber trasladado la anterior información básica y haber cumplido con el arte social de las presentaciones, no voy a demorarme en ofrecer un estudio del libro. Sólo ofreceré un testimonio final de mi lectura dado que los poemas de *Sinfonía del aire* me han conmovido.

Pues bien, me ha conmovido ese gran proyecto de viaje y de búsqueda interior que es todo el poemario, un viaje y una búsqueda esenciales por la superior vía estética de la poesía en esta misma materia sígnico-verbal con la que nos ordenamos frente a lo real, construimos nuestro mundo y elaboramos y habitamos nuestros sentimientos. Cuando no son pocos los que entre nosotros, en el dominio de la cultura literaria, tratan de disimular el elemental sentimiento de origen y pertenencia al solar de nuestros padres –por cierto, tantas veces secuestrado y deformado en beneficio del gran capital por el fascismo–, y buscan toda clase de eufemismos para nombrar la lengua poseída y poseedora que nos socializa y nos permite interactuar con otros seres humanos ya próximos ya lejanos y desarrollarnos en la vida, resulta ejemplar que Francisco Piedra, profesor francés de origen español, construya un sujeto poético que se afane entre sus versos en la búsqueda de sus raíces españolas, aunque se sienta raíz deshilachada y temblorosa en el aire de la noche, como leemos en el poema “La llanura”, y tras sus viajes indagadores, tras ese irse para volver, ese viaje inmóvil, como se lee en la

tercera estrofa de “Esa nube de polvo”, “Alma de viajero inmóvil, / eternamente insatisfecho, / desesperado, / aterido, / congelado en el andén de la vida”, apuesta por la solución imposible de nacer de nuevo, como leemos en el poema “Los viajes”. Estamos ante una poesía, como digo, de indagación y búsqueda, que no nombra a España en vano. Estamos ante una poesía necesaria y verdadera porque es latido del gran argumento de la vida vivido con conciencia de escisión: el paso del tiempo y el espacio.

ANTONIO CHICHARRO